

A los tres años del 11-S: LA IMPOTENCIA DE LA GRAN POTENCIA.

Ricardo Ribera

rica_risa@hotmail.com

docente del Departamento de Historia de la UES

Resumen:

El presente texto se ha compuesto a partir de columnas de opinión publicadas por el autor en el periódico virtual EL FARO (www.elfaro.net), en diferentes momentos durante el transcurso de los dos últimos años.

El análisis de coyuntura, ése que se realiza al calor de los acontecimientos, a medida que éstos se producen, suele tener la característica de una perspectiva cercana, vívida, a menudo emotiva, siempre arriesgada. Muy diferente a la frialdad y objetividad que caracteriza la labor del analista una vez el tiempo ha transcurrido y el proceso se ha desplegado, cuando difícilmente sorprenderá a quien lo escribe con eventos que desmientan sus valoraciones.

Pero al filo de la coyuntura el análisis tiene también sus propias ventajas. Se ve impregnado de autenticidad y espontaneidad, trasluce el gusto por la polémica, el tono del debate en curso al que se inserta el autor, los dilemas y alternativas posibles que están en el momento sobre el tapete de la discusión. De alguna manera las columnas de opinión, de consumo generalmente efímero, forman parte de la propia historia que intentan narrar, discernir e influir.

Con los defectos y virtudes que le son propias al género, con sus errores y aciertos, ofrecemos agrupadas varias de estas columnas de opinión, análisis coyunturales que muestran en el nuevo contexto una perspectiva diferente a la que tuvieron en su momento. Son páginas de historia actual. El lector sabrá valorar qué tanto validez aún conservan y qué posible utilidad todavía ofrecen.

Injusticia infinita

24 de septiembre de 2001

No hay terrorismo bueno. Todo terrorismo es inhumano, horrendo, bestial, injustificable. Así de simple. Las terribles imágenes de las torres gemelas y del Pentágono, repetidas mil veces por el amarillismo televisivo, los relatos estremecedores de familiares y supervivientes, testigos y rescatistas, nos lo acaban de recordar. Por si lo habíamos olvidado. Ha quedado de nuevo demostrado con el irrefutable argumento del sufrimiento humano. Han aflorado también, dentro y fuera de Estados Unidos, sentimientos hermosos de compasión y solida-

ridad que humanizan. También emergen poderosas las pasiones negativas: venganza, revanchismo, amenaza y bravuconería.

Se extiende el miedo ante la irracionalidad de los terroristas, que podrían tener planificados otros imprevisibles ataques. También un gran miedo ante la respuesta militar que pregona la hiperpotencia estadounidense. ¿Cuántas víctimas inocentes más se van a producir, a nombre ahora de la justicia? ¿Qué tanto más dolor humano habrá que causar para que se calme la sed de venganza y el público se sienta satisfecho?

Lo peor: de uno y otro bando similar

invocación a la bendición divina, a la guerra santa o a la “cruzada”. Se sataniza al otro y se pretende santificar la carnicería. A ambos lados, víctimas y criminales. La gente sencilla acá y allá, civiles y trabajadores empobrecidos la mayoría, poniendo los muertos para que quienes disputan el poder, los que proyectan las estrategias y calculan costos y beneficios, sigan su macabra partida de ajedrez. La guerra que hoy se anuncia huele a petróleo y a campos de amapola, a oleoductos y a heroína, a intereses económicos y a cálculos políticos, a posibles alianzas y a recomposición de los equilibrios de poder.

Todo terrorismo es malo. Pero hay uno peor. Es el terrorismo de Estado. Hay que corregir a los irreflexivos comentaristas de los canales televisivos: no es cierto que éste haya sido el mayor acto terrorista de la historia. Lanzar la bomba atómica sobre dos ciudades japonesas, por muy en guerra que se estuviera, fue puro terrorismo contra civiles inocentes y causó mil veces más destrucción y por lo menos cien veces más víctimas que el atentado contra el World Trade Center. El holocausto nazi contra los judíos fue terrorismo extremo y sistemático como también sistemático y extremo ha sido el terrorismo de Israel contra los pobladores palestinos.

Y ¿qué decir del terrorismo de Trujillo, de Somoza, de Pinochet y de tantos otros dictadores sangrientos apoyados por Estados Unidos en América Latina, Asia y África? ¿Qué decir del terrorismo de Stalin, de Mao, de Ceaucescu, del Khmer rojo o de Sendero Luminoso? ¿Será que cuando es de mi bando éste se vuelve bueno? ¿Podemos considerarnos civilizados y seguir razonando así? ¿Puede construirse un mundo mejor, más justo y más humano haciendo política de esta manera?

Pero los contras nicaragüenses y los talibán afganos fueron calificados en su momento de “luchadores por la libertad”. Ahí

está la biografía del propio Osama bin Laden - demonizado ahora sin pruebas como presunto autor intelectual - quien fue por largo tiempo apoyado, armado, entrenado y financiado por Estados Unidos para enfrentar la intervención soviética en Afganistán. Ahí está la contrarrevolución cubana en su exilio dorado de la Florida, planeando impunemente atentados y campañas terroristas contra la isla.

¿De veras se trata de identificar y atacar a cualquier Estado que dé refugio y protección a grupos terroristas? Bien, pues se debería primero barrer en la propia casa. También en nuestro país. Antes de hacer el ridículo ofreciendo “ayuda militar” a la gran potencia del norte, que desde luego no la ha pedido, ni siquiera para tareas “humanitarias”. Pero es el caso que hay dos compatriotas presos en Cuba convictos de colocar bombas en hoteles. Un señor cubano, Posada Carriles, sin turbante pero igual de peligroso, que incluso ha publicado un libro vanagloriándose del derribo de un avión de pasajeros y de incontables actos de terrorismo anticastista, fue asesor del gobierno salvadoreño durante el pasado conflicto armado y después ha vivido por años tranquilamente en El Salvador, planeando y coordinando actos terroristas.

¿Estaremos por ello en la lista que ha elaborado Estados Unidos de los países sospechosos de colaboración con el terrorismo? Desde luego que no. Pero mientras no se muestren resultados de una investigación que en realidad nunca se inició, deberíamos de hecho estar en una tal lista. Ése es el punto. Lo mismo ocurre en el resto de la “civilización occidental”: demasiados pecados para pretender lanzar la primera piedra y ni tan siquiera la segunda o la tercera.

La Organización de Naciones Unidas, la Corte Internacional de Justicia y el Tribunal Internacional para Crímenes contra la Humanidad son instancias sin duda limi-

tadas. Seguramente sólo una justicia “finita” puedan ofrecer. Pero mucho más justa y conveniente que la actual campaña de la historia y la venganza, a la que demasiado apresuradamente nuestro gobierno declara querer incorporarse.

Repitamos pues. No hay terrorismo bueno. Todo terrorismo es inhumano, horrendo, bestial, injustificable. Y debe ser rechazado. Así de simple.

Teología versus tecnología

1 de octubre de 2001

La tecnología occidental arriesga enfrentarse con la teología que impregna al terrorismo islámico, como bien mencionaba en EL FARO David Hernández en su columna de la semana pasada. O como escribía en EL PAÍS Carlos Alonso Zaldívar, diplomático español, “la indudable capacidad de occidente de matar pero sin disposición a morir, contra la postura que muestra el fundamentalismo islámico de morir matando”. Ataques suicidas sólo realizables desde la desesperación.

Indudablemente hay acumulados sentimientos de odio y venganza que se ven reflejados en la inhumanidad increíble de los atentados. Hay también sin duda valor y convicción demostrados en el carácter suicida de los ataques. No es elogio ni justificación. Es simplemente constatar que resulta irracional tildar de “cobarde” al atentado. No hay posibilidad de llevar a la justicia a los autores materiales. Quedaron pulverizados. Se autoinmolaron. ¿Cómo ajusticiarlos?

Existe la insana costumbre de calificar de “fanáticos” a los del bando enemigo y de llamar “héroes” a los del propio bando. Así el análisis se vuelve imposible. Para analizar hay que intentar comprender. En este caso, entender lo que está sucediendo en ese

mundo islámico del que probablemente proviene la agresión es condición para una respuesta adecuada, inteligente, capaz de generar un mundo más seguro. Contestar al odio con odio, con venganza la venganza y con terror a la agresión terrorista, no sólo eternizará la injusticia. También es la forma más segura de multiplicar la lista de voluntarios para próximos ataques suicidas. Sería caer en la trampa, hacer justo lo que está esperando quien calculó esta gigantesca provocación. Hacer del mundo un lugar todavía más inseguro y peligroso.

Estados Unidos ya perdió la primera de las batallas en esta guerra de símbolos: tuvo que cambiar el nombre de la operación puesto que justicia infinita tenía demasiadas connotaciones fundamentalistas. Se trata de no presentar la campaña como una reedición de las cruzadas. Al contrario, lo que interesa es atraer a los gobiernos musulmanes, a todos los que pueda, en esta gran coalición. La aparente estupidez de Berlusconi, el derechista presidente italiano, al insultar al Islam y atribuir a occidente el monopolio de la civilización, probablemente no sea tal. Hay esfuerzos deliberados de algunas fuerzas para utilizar la coyuntura a favor de su propio fundamentalismo político. Lo mismo los ataques racistas y anti-musulmanes que han empezado a producirse en suelo norteamericano por parte de indignados ciudadanos y supuestos patriotas. Contra los verdaderos intereses de su patria. Y del mundo.

No ayuda a reforzar la necesaria cordura y prudencia el conservadurismo duro y la patente mediocridad del mandatario estadounidense. “Se busca a Osama bin Laden vivo o muerto”. El público norteamericano, los nostálgicos de la cultura del western, se entusiasman con la ocurrencia de Bush. No gusta en Europa. Sus aliados más estratégicos ven con preocupación este simplismo de la visión presidencial. Están solidarios. Pero es difícil que acompañen de forma activa a

Estados Unidos en una aventura poco clara.

Afganistán fue el Vietnam de la Unión Soviética. Es otra cultura. También vive otro tiempo histórico. Ahí en muchos aspectos se ha retornado a la Edad Media. Es lo que hace posible la temible combinación de lo atrasado con lo moderno. Secuestros aéreos realizados con navajas. Pero con gente preparada como pilotos. Impactar y destruir los símbolos de poder de la gran superpotencia con algo tan simple pero eficaz como un avión de pasajeros. Sabían lo que hacían. No así los bomberos y policías que ingresaban a las torres, ignorando que su colapso era seguro. Ya calculado. Igualmente las imágenes en vivo y en directo. Tal vez también el monto de las pérdidas (entre 30 y 40 mil millones de dólares) y la más que probable recesión que se viene. ¿Una mente diabólica? No. Tan sólo una mente humana. Radicalizada, desesperada y medieval.

Daños colaterales

29 de octubre de 2001

El eufemismo me parecería delicioso, si no resultara tan macabro. Cada vez que alguna “bomba inteligente” comete la idiotez de caer donde no debe, o sea, sobre los civiles afganos, los militares estadounidenses aceptan que se han producido “daños colaterales”. A veces la expresión viene acompañada por algún calificativo: “graves”, “indeseados”, “lamentables”...

Resultaría difícil deducir de qué se trata si no fuera por las imágenes de destrucción que en las noticias acompañan generalmente la referencia a tales “daños colaterales”. Aquí sí se cumple el viejo dicho de que una imagen vale más que mil palabras. Hay un problema con el lenguaje militar, cínico y deshumanizado, que pretende encubrir el horror de la matanza con palabras técnica-

mente asépticas. Lo grave es que cuantas más víctimas inocentes produzcan Estados Unidos en Afganistán más paralelismos van a surgir entre el terrorismo suicida del que fueron víctimas y el terror sin bajas propias que su estrategia provoca. El autor intelectual de los atentados feliz debe estar al ver lo fácilmente que su enemigo cayó en la trampa.

Son ya varias las metidas de pata, perdón, los “daños colaterales” cometidos por las Fuerzas del Bien que han enviado Bush y Blair a derrotar a las Fuerzas del Mal. Primero fue una oficina de las Naciones Unidas, días después las instalaciones de la Cruz Roja, algunas viviendas en Kabul y más tarde una aldea entera, una mezquita, un hospital y un asilo de ancianos. Y la cosa sigue.

Pues, ¡menos mal que las bombas son inteligentes! ¿Y los que las dejan caer, los que deciden y definen los blancos? ¿Serán igual de inteligentes? Porque por algún lado la cosa rebalsa estupidez. Un ejército que se toma la molestia de tirarles paquetes de comida a los civiles afganos para demostrarles que no es con ellos el pleito, pero que al mismo tiempo no es capaz de evitar los “daños colaterales” es hartamente dudoso que tenga éxito en darse a entender entre sus supuestos beneficiarios.

Si la estrategia es “ganar la mente y los corazones” de los afganos oprimidos bajo la férrea dictadura talibán, (una fórmula ya conocida por el pueblo salvadoreño desde los sangrientos años de la contra-insurgencia), se impone otra pregunta: ¿son asimismo “inteligentes” los paquetes alimentarios que deja caer la Fuerza Aérea? Es decir, ¿cómo saben los Estados Unidos que esa comida no termina en manos de la milicia talibán? ¿No estará quizás el mismísimo Osama bin Laden saboreando las nutritivas raciones con que su enemigo pretende aislarlo de la población?

Ya el Presidente Bush nos advirtió que ésta sería una guerra “diferente”. Y de veras lo es: esta colaboración con la dieta

¿Libertad duradera?

5 de noviembre de 2001

alimenticia del enemigo es realmente novedosa e inesperada. Algo nunca visto en la historia universal de las guerras. ¿O acaso se trata sólo de una operación propagandística dirigida a nosotros, el público occidental? En tal caso sería indiferente quién consume las raciones de comida en Afganistán, suponiendo que de veras alguien lo haga, visto que se les olvidó tomar en cuenta los hábitos alimentarios de esa cultura. La pensada sería que nosotros nos las traguemos. Es decir, que nos traguemos el cuento.

Naturalmente, es bien probable que quien esto escribe no haya comprendido en toda su sutileza la estrategia gringa y que esté totalmente equivocado en sus elucubraciones. Lo que ocurre es que conociendo por la historia que en su oportunidad Washington aplicó en América Latina una política que describía como “del palo y la zanahoria”, pues uno se cree con derecho a desconfiar. Esto de bombardear alimentos y misiles suena sospechosamente similar.

El hecho es que antes de esta guerra ya había unos tres millones y medio de refugiados afganos. La mayoría en Irán y Pakistán. ACNUR advierte que esa cifra se va a duplicar como consecuencia de las acciones militares de la alianza anti-terrorista. Y ningún país vecino quiere más refugiados. Tras 22 años de guerra ininterrumpida, millones de minas enterradas, el tercer año seguido de sequía y ahora los bombardeos anti-terroristas, el pueblo afgano debe estar al borde de la desesperación. Es decir, en el mejor caldo de cultivo para que nueva gente abrace el terrorismo como su última respuesta: la de morir matando. Cualquier persona sensata está de acuerdo: el terrorismo no debe quedar sin respuesta. Pero, ¿es una guerra la respuesta correcta?

Ha cambiado el clima político en Estados Unidos a partir del 11 de septiembre. “Ya nada volverá a ser como antes”, había exclamado el Presidente Bush pocas horas después de los atentados. ¿Simple información para la ciudadanía o advertencia? La frase sonaba amenazante. Tal vez lo era.

En Estados Unidos ya son varios los analistas políticos y comentaristas noticiosos que perdieron sus empleos por haber aventurado algún comentario crítico hacia la política oficial tras los acontecimientos del 11 de septiembre. Otros, con mayor fortuna, siguen trabajando, aunque recibieron y siguen recibiendo insultos y amenazas de muerte. Un trato parecido al que soportan los cerca de siete millones de la comunidad musulmana de Estados Unidos. Igual muchos otros inmigrantes de origen árabe, turco, paquistaní, hindú, afgano, iraquí, iraní...

El “sueño americano” puede fácilmente convertirse en una auténtica pesadilla para millones de inmigrantes o hijos de inmigrantes cuyo aspecto o color de la piel corresponda al cliché que de los terroristas se ha hecho el gran público. Se extiende en suelo norteamericano una creciente oleada de intolerancia y nuevos rebrotes de discriminación racial. Es grave. Ya se han dado las primeras víctimas mortales.

Es éste el otro terrorismo, xenófobo y de extrema derecha, que estaba presente desde antes en Estados Unidos. Se enmarca en la tradición del Ku-Kux-Klan. Su peligrosidad se había ya puesto de manifiesto a raíz de los hechos sangrientos de Waco, donde la secta de los davidianos se enfrentó militarmente a las autoridades, y más tarde con la bomba hecha explotar en un edificio federal de Oklahoma. Ahora todo apunta a que son grupos de extrema derecha los que están de-

trás de los atentados postales con esporas de ántrax. Es éste un terrorismo doméstico, made in USA, que pretende aprovechar la confusión y ansiedad creadas por el terrorismo foráneo. Y lo consigue.

Las libertades se contraen en la medida que la inseguridad cunde. Se perfila el retorno a un Estado policíaco, al estilo del maccarthysmo anticomunista y su tristemente famosa “cacería de brujas”. Pocos días atrás, Emilio Lamo de Espinoza analizaba en el periódico español EL PAÍS que Estados Unidos corre hoy “el riesgo de perder la libertad en la lucha por la libertad”. Lo único duradero que resultaría de la actual campaña sería el autoritarismo.

La nueva ley antiterrorista que está impulsando Bush va en esa dirección. Si es sancionada permitirá a las autoridades estadounidenses capturar aquellos extranjeros de los que sospechen su participación o vínculos con el terrorismo. Y mantenerlos detenidos. Indefinidamente. Sin pruebas. Sin juicio. Sólo por sospechas. Ésa es al menos la intención del Ejecutivo, que probablemente se vea recortada por las dos cámaras legislativas. Habrá que ver qué tanto es suavizado por el Congreso y el Senado el actual proyecto de ley.

Principios elementales como la presunción de inocencia, el derecho de defensa, el derecho a un juicio justo, todo esto quedaría barrido por la nueva ley. Una especie de estado de excepción o estado de sitio permanente. No solamente se verían afectados los inmigrantes, sean indocumentados o residentes legales. También lo sería cualquier ciudadano norteamericano. La policía quedaría autorizada a intervenir teléfonos, correspondencia, correos electrónicos, páginas web, uso de tarjetas de crédito, cuentas bancarias. Podría utilizar sistemas de escucha en instalaciones hoteleras y residencias particulares. El derecho a la privacidad, del que tan celoso es el ciudadano en las democracias del pri-

mer mundo, se perdería irremisiblemente.

Gobiernos de países europeos donde es menor la paranoia por el terrorismo están impulsando, no obstante, leyes similares. La actual cruzada en defensa de la modernidad occidental, de los valores y principios democráticos, de las libertades civiles y los derechos individuales, del respeto a los derechos humanos, puede acarrear el paradójico efecto de dejar sin vigencia muchas de tales conquistas históricas. A nombre de la actual emergencia mundial por el embate del terrorismo. A nombre de hacer duradera la libertad.

El derrumbe del neoliberalismo

12 de noviembre de 2001

“La pregunta no es qué problema tenemos con el Estado; el Estado es el problema”- resumía pedagógicamente Ronald Reagan su convicción neoliberal. Esto quedó abandonado. Se da hoy un viraje hacia un pensamiento neoconservador, según el cual un Estado fuerte sea capaz de dar protección así como de encabezar el esfuerzo por superar la recesión. Las prédicas de Hayek y sus discípulos de la Escuela de Chicago de repente quedaron out. ¿Quién se atreve ahora a recomendar Estado mínimo? ¿Quién a clamar por que el Estado “saque sus manos de la economía”?

Al contrario, vuelve ahora a leerse a Keynes en los principales círculos de poder norteamericanos. La experiencia histórica de las fórmulas para salir de la recesión, de los benéficos efectos de las guerras para la recuperación económica, de los contratos estatales millonarios y de las subvenciones como instrumento de política económica antirecesiva. Esto es lo que vuelve a estar de moda en el imperio.

No sólo en el mundo de las ideas. También en el mundo de las realidades. El contrato recién firmado con la empresa Lockheed para producir tres mil cazabombarderos de nuevo diseño se anuncia como el mayor de la historia. Ascende a la astronómica cifra de 225 mil millones de dólares. Por otro lado, tampoco ha renunciado la Administración Bush al programa militar de escudo antimisiles que propagandizó durante su pasada campaña electoral. El Estado sigue siendo el cliente único, o al menos el principal, para muchas grandes empresas. El consorcio militar-industrial puede respirar tranquilo: el fin de la guerra fría no significará el fin de sus negocios. Tampoco el de las contiendas bélicas. Más bien todo lo contrario.

El neoconservadurismo muestra parecida insensibilidad a la problemática social y humana que el neoliberalismo. Se aprovecha la coyuntura para dar luz verde a despidos en masa en sectores que estaban ya en crisis desde antes de los atentados. Al mismo tiempo, el Estado se prepara para dar cuantiosas subvenciones a los sectores económicos en problemas. También surgen voces denunciando la anterior irresponsabilidad, cuando se privatizaron esferas sensibles como la seguridad en los aeropuertos, la distribución de energía eléctrica, los servicios de agua potable...

Bajo el lema "la seguridad es la prioridad número uno" se percibe la corrección de todo eso y que viene un próximo proceso de des-privatización. Con todo ello, la ideología neoliberal se mira hecha escombros. Ya estaba agrietada y se ha terminado de derrumbar junto con las torres gemelas. Sólo falta que nuestros neoliberales de acá se enteren.

Lo nuevo del terrorismo

12 de noviembre de 2001

"El mundo ha cambiado –se nos repite– desde los atentados del 11 de septiembre." Y realmente es la actual una situación diferente. Una diferencia que brota de la radical novedad del ataque terrorista. Los especialistas en el tema mencionan que en los últimos veinte años Estados Unidos, sus intereses o sus ciudadanos han sido objeto de no menos de 2 mil 400 atentados. Pero éste ha sido el primero de carácter global, que mató a ciudadanos de 60 países diferentes, planificado para ser transmitido en directo a nivel mundial. La magnitud del daño, el dolor, el caos y "el no saber qué hacer" que las autoridades reflejaron al inicio, frente a los ojos del mundo por el milagro de la tecnología actual de las comunicaciones, lo convirtieron enseguida en un golpe psicológico sin precedentes. Incredulidad y miedo, orgullo herido. La superpotencia humillada. Lágrimas de dolor y de rabia. Es nuevo.

Pero sobre todo es nuevo el hecho de que esta vez no hay mensaje. Nadie ha reivindicado el ataque. Nadie establece un por qué, un para qué o un quiénes. Anteriormente se había dicho que en la posmodernidad "el medio es el mensaje"; en este caso el mensaje es la propia acción terrorista. Es terrorismo posmoderno.

Tampoco hay mensajero. Es decir, desapareció, inmolado en su propia acción suicida. Como kamikaze. Pero un kamikaze del que no está clara su identidad, ni sus objetivos, ni las razones que lo animan. La única pista para deducir la procedencia del ataque es que el mensajero no trató de eludir su mortífero mensaje, lo asumió plenamente. Y tal como fue concebida era éste el único modo de cumplir su misión: sin intentar una

vía de escape al destino fatal que él mismo se impuso. No hay ideología política capaz de llevar una convicción tan lejos. Tan sólo si combinada con el fanatismo religioso. Cruelmente, como en las guerras de religión de la Edad Media. Es terrorismo medieval.

De ahí lo grave de la equivocación estadounidense inicial, de presentar como “cruzada” la campaña antiterrorista, o como una “lucha entre el Bien y el Mal”. A los que están dispuestos a morir invocando a Alá, poca mella iba a hacerles la satanización occidental. Al revés, conviene a sus fines poder presentar a la coalición mundial como el bloque de los infieles en lucha con los mil 200 millones que componen el mundo musulmán. No es ésta una guerra de religiones, pero podría llegar a serlo. El Islam actual es sumamente diverso y plural, pero van a potenciarse las corrientes anti-occidentales si Occidente se equivoca en esta campaña. La falsa profecía del “choque de civilizaciones” sería entonces una de las que se vuelven verdaderas al generar su propio auto-cumplimiento.

Surgiría una doble valoración ética: calificado de cobarde por Occidente el ataque sería considerado heroico por una parte del mundo islámico. Osama bin Laden sabe lo que busca cuando afirma: “el mundo se ha dividido en dos; unos se alegraron y otros condenaron el atentado; unos están contra la campaña bélica en Afganistán y otros la apoyan”. Éste es su razonamiento. La postura de Estados Unidos aparece sorprendentemente paralela. En palabras de su Presidente: “O están con nosotros, o están con el terrorismo.” Es el mismo razonamiento de su adversario.

¿Será incoherente pronunciarse condenando el atentado y al mismo tiempo criticar la guerra contra Afganistán? ¿O la coherencia habrá que buscarla permaneciendo del lado de las víctimas? Pero víctimas las hay a ambos lados, en Nueva York y en

Kandahar, en Washington y en Kabul.

A tres meses del atentado

11 de diciembre de 2001

La condena a los hechos del 11 de septiembre conlleva necesariamente, por idénticas razones éticas, la condena de la campaña antiterrorista. Lo contrario sería caer en la misma doble moral que inducía a Estados Unidos a llamar “luchadores por la libertad” a los que más tarde demonizaba. Así lo hizo Bush padre con Sadam Husein, ahora es el turno de Osama bin Laden y los talibán en tiempos de Bush hijo.

El terrorismo no estatal puede ser expresión de la desesperación, de la venganza y de la impotencia. Cuando no se es capaz por debilidad propia o por la fortaleza desmesurada del adversario de hacerle la guerra. Como sustituto. O como recientemente alguien reflexionaba: “si se ha definido la guerra como la continuación de la política por otros medios, el terrorismo vendría a ser la continuación de la guerra por otros medios”.

Inaceptable de todos modos. Pero también debería serlo la violencia de la guerra y solemos admitirla. Como mal necesario. Incluso hay quien la ve como una forma de “destrucción creativa”, que ayuda a superar crisis económicas. Conveniente a veces, sobre todo en tiempos de recesión.

En la nueva situación lo preocupante es que tiende a ir borrándose la delgada línea que teóricamente separa la guerra del terrorismo. La definición del terrorismo – ataque que busca generar víctimas civiles, con objetivos políticos, y que toma como blanco a la población – no resulta suficiente para una diferenciación definitiva. La guerra moderna suele usar métodos terroristas, so-

bre todo desde que se optó por la infraestructura económica como el blanco decisivo y se definió que quebrar la moral de combate del enemigo constituye el verdadero objetivo. Y porque los grupos terroristas emplean ahora refinadas tecnologías y armas de gran poder destructivo.

Es lo que llevó a Bush a declarar formalmente los atentados como “un acto de guerra”. Por su parte, los talibán han calificado los actos de guerra en su país de “actos terroristas”. Nuevo paralelismo. Se difuminó la frontera teórica que separaba guerra y terrorismo. También la frontera práctica. Se está borrando en Afganistán.

Igual en territorio estadounidense. A la CIA le han regresado prerrogativas anteriores que legitiman los llamados “asesinatos selectivos”. Sus agentes, otra vez gozarán de “licencia para matar”. Justifica la mordaz crítica de Máximo, famoso caricaturista del diario español EL PAÍS: se buscan asesinos para matar criminales.

Mientras, los analistas discuten abiertamente en la prensa norteamericana la posible legitimidad de la tortura como método para prevenir atentados. Se argumenta la conveniencia de adoptar leyes como las de Israel, único Estado moderno donde ha sido legal el uso de la tortura, bajo el eufemismo de “aplicar presión física moderada” a los detenidos. De modo que con el lema “el país está en guerra” el poder aspira a tomar medidas, más propias de una dictadura militar, que de la democracia que pretende estar defendiendo.

No sólo el Estado. La sociedad norteamericana se mira dispuesta a aceptar cualquier restricción de los derechos y las libertades fundamentales, con tal de superar la inseguridad actual. Mantienen la zozobra nuevos atentados. Ahora son los envíos postales con ántrax. Nuevamente son mensajes de muerte los que llegan y de nuevo los mensajeros, esta vez los inocentes carteros, son

los primeros en morir. Por si eso no fuera suficiente, renovados llamados de alerta de las autoridades mantienen el clima de temor ciudadano. “Se sabe de un próximo ataque terrorista”, advierten. Pero no se sabe qué, ni se sabe dónde, ni se sabe cuándo. Y tampoco se sabe quién, ni por qué. ¿Para qué entonces los llamados de alerta? Tampoco eso se sabe.

No se sabe, pero se puede adivinar. Mientras se mantenga el miedo resultará más fácil extender la militarización de la sociedad, los controles de todo tipo y escalar en el autoritarismo. Ahorrarse las protestas por los despidos masivos, muchos de los cuales ya estaban previstos desde antes del 11 de septiembre. Y presionar a los inmigrantes latinos, indeseados en tiempo de recesión. También acalla críticas a los programas de rearme del gobierno.

Los ideólogos neoconservadores del duro discurso anticomunista muestran su satisfacción. Bastará sustituir “comunismo” por la palabra “terrorismo” y el resto puede quedar como antes. Así ya no hará falta disfrazar de lucha contra el narcotráfico la injerencia en la guerra civil colombiana y podrá emprenderse la ofensiva contra las FARC y otras guerrillas marxistas a nombre de la cruzada contra el terrorismo. El Plan Colombia podría convertirse en la segunda fase de la campaña mundial antiterrorista.

Lo que hace falta

11 de diciembre de 2001

No todos los cambios son para mal. Al fin Estados Unidos se puso al día con sus pagos retrasados con la Organización de Naciones Unidas, cesando así esa política de chantaje. Levantó las sanciones contra India y Pakistán por sus ensayos nucleares y está haciendo por mejorar su relación con Irán.

Y, lo más nuevo, está presionando a Israel para que deje de boicotear las negociaciones de paz, las lleve a feliz término y acepte un Estado palestino.

Falta mucho, no obstante, para poder considerar que la gran potencia ha corregido por fin el rumbo y utiliza su liderazgo para procurar hacer de éste un mundo más justo y más seguro. Debe corregir su política de inteligencia, para que la CIA deje de reclutar y entrenar cuervos, que más adelante le sacarán los ojos, a su amo o a cualquier vecino. Debe cesar el uso abusivo y terrorista de su fuerza militar, para poder derrotar ideológicamente y aislar el terrorismo hoy existente en el mundo.

Debe aplicarse su propia receta y dejar de tolerar, albergar y ayudar a grupos terroristas en su propio territorio. El exilio dorado de la contrarrevolución cubana en la Florida debe terminar. Organizaciones como la Fundación Nacional Cubano Americana, FNCA, señalada de haber financiado las actividades de gentes como Luis Posada Carriles, confeso terrorista hoy preso en Panamá, deben ser ilegalizadas e investigadas por la justicia.

Falta que apoye la creación y ratifique la puesta en marcha del Tribunal Penal Internacional, del que ha sido uno de los únicos siete Estados en oponerse, para que los genocidas y los criminales de guerra enfrenten la justicia y nos ahorremos campañas militares de represalia y venganza como la actual.

Debe haber control de los paraísos fiscales y de las cuentas secretas, a lo que Estados Unidos se ha opuesto hasta ahora pero que resulta crucial para contrarrestar, tanto el terrorismo como el crimen organizado y la corrupción de muchos políticos. Deben avanzarse los programas para la eliminación de

las armas de destrucción masiva, las químicas y biológicas, así como las nucleares. Y dar a la ONU el poder que hasta ahora se le ha negado y poner fin al privilegio del veto de que gozan cinco naciones, para que pueda cumplir su misión de procurar la paz, el progreso y la equidad en el mundo.

Sin un dramático cambio de orientación de la nación más poderosa del mundo, difícilmente la campaña actual conseguirá poner un punto final al terrorismo y la carnicería seguirá. Estados Unidos ha pedido al mundo solidaridad. Está en su derecho y la merece. Por ahora, la crítica se constituye en una forma de solidaridad, tal vez la mejor. Porque señala un camino y una base de principios. Sin ellos, los medios que se utilizan pueden terminar atropellando los nobles fines que se proclaman. Sin ellos, la civilización se arriesga a degenerar en una barbarie parecida a la que se enfrenta. Sin ellos, pierde todo sentido la actual campaña por hacer duradera la libertad y posible la justicia.

11 de septiembre

9 de septiembre de 2002

A un año de la tragedia de los atentados terroristas, ¿qué significa la fecha para la humanidad? ¿Qué significará en el futuro? ¿Habría dejado alguna lección de utilidad o quedará sólo como un peldaño más en la interminable escalera de la crueldad humana, de la ignominia y la barbarie?

Me hago estas preguntas, pensativo, mientras me preparo mi primer café dominical y pongo algo de música clásica (el volumen más suave que de costumbre pues mi familia aún duerme plácidamente) y me recuesto en el sofá a tratar con el auxilio musical de alejar la melancolía reflexiva con que amanecí este día. Las notas soberbias, caden-

cias, tonos y matices sonoros invaden la sala, envolviéndome en un extraordinario clima de paz y sosiego. Estoy escuchando una verdadera creación del espíritu humano que levanta un mundo de sentimientos en ese aire que vibra de sonoridad, armonía y ritmo melódico.

¿De qué tanto es capaz nuestra especie? De lo mejor y de lo peor, sin duda. Del más puro sonido y del más terrible de los ruidos. Del odio que alimentaba a los asesinos suicidas, mas también de la solidaridad y del heroísmo que despertó entre tantas personas. Con los efectos multiplicadores que la información globalizada e instantánea del mundo de hoy provocó en todo el planeta.

¿Para dónde va el homo sapiens sapiens? ¿Va en realidad para algún lado? ¿Avanza hacia el progreso, como creían los pensadores del siglo XIX? ¿O hacia la abyección y la destrucción totales, como temieron tantos sobrevivientes de los horrores de dos guerras mundiales en el siglo pasado? ¿No seremos más bien lupus sapiens sapiens, auténticos lobos unos contra otros, con el agravante de la inteligencia humana, que nos permite ser más destructivos y malvados que cualquier otra especie menos talentosa?

La irracionalidad manda en el mundo, sigue mandando, y la razón apenas alcanza a denunciar y advertir los peligros. La Cumbre de la Tierra, que debería ser instrumento para sacarnos del remolino ecológico y social que amenaza con engullir la especie y el planeta, termina con un documento débil, que no obliga a nada, mientras el poder imperial se apresta a una nueva guerra. Todo lo justifica ahora el 11 de septiembre. Y la opinión pública, esa ramera, se entrega sin resistencia a la seducción agresiva del carnívero.

¿Qué monumento levantar a las víc-

timas, cuya memoria es utilizada como excusa para nuevas execrables violencias? ¿Qué memorial construir para ellas, si lo que sigue es la matanza? ¿A qué religión acudir, cuando ya hemos visto lo fácil que el mensaje de amor es manipulado y transformado en fanatismo y odio? ¿Acaso hay un futuro para nuestra condición de animales racionales, si en cada avance hacia una mayor racionalidad comprobamos los tristes progresos de nuestra arraigada animalidad?

¿Qué opinión mereceríamos de otra especie racional que habitase en el cosmos y entrase en contacto con nosotros? Un sentimiento de vergüenza, de culpa y de impotencia nos haría confesar, ante su mirada indignada, nuestro pecado original. No tanto por haber sido injustamente expulsados del paraíso, como por ser descendientes todos de Caín, primer homicida de la historia. Fieles a ese legado de sangre y de genes, seguimos asesinando a nuestro hermano.

Pero la música, excelsa, espiritualizada, sigue sonando y me redime de mi desesperación: algo de Abel vibra en el aire y me rescata del fatalismo. No hay religión que no haya imaginado melodías celestiales, ningún edén ni paraíso son concebibles sin acompañamiento musical. Y esta carga de espiritualidad, pura vibración sonora, provoca vibraciones paralelas en el alma del ser humano.

La Tierra necesita un himno cuya intensidad nos aferre a la vida y al amor, un torrente coral cuyas voces ahoguen el retumbar macabro de los tambores de guerra que en estos días vuelve a tocar el imperio. ¿Será posible ese tipo de globalización? ¿Podrá ser el 11 de septiembre el símbolo de tal conversión global? ¿Estaremos a la altura de lo que mudamente nos demandan quienes sufrieron ese día los horrores de una muerte tan cruel como injustificable?

La guerra inexistente

19 de mayo de 2003

El presidente Bush se cuidó mucho en la cuidadosa escenificación montada a bordo del portaaviones Lincoln de declarar "terminada la guerra" en Irak. Habló de "combates" o de "campana militar" y, cuidadosamente, evitó usar la palabra "guerra". Y es que, oficialmente, no ha habido guerra en Irak.

Desde el punto de vista legal la guerra no ha finalizado, porque legalmente nunca existió. El único que puede declarar la guerra es el Congreso. El Presidente no tiene facultades para ello. Pero la Administración Bush dejó a un lado la Constitución para "hacer la guerra por su cuenta": sin aprobación, sin debate, sin ataduras ni condicionamientos. El resultado es que la guerra ha sido ilegal incluso desde los parámetros estadounidenses.

También fue ilegal desde coordenadas internacionales. Lanzar un ataque armado contra otro Estado, no importa con qué razones o argumentos, sin la aprobación expresa del Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas pone al margen de la ley a quien lo efectúa. La llamada "coalición" formada por Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia y Polonia cometió un acto de agresión armada contra otro Estado, contraviniendo la Carta de las Naciones Unidas. Desde ese momento el régimen de Bagdad, frente al derecho internacional, es víctima de una agresión y por tanto Sadam Hussein contaba con derecho a su legítima defensa.

La coalición anglo-estadounidense hubiera podido aspirar a que su guerra, aunque ilegal, fuera por lo menos considerada legítima. Mas para ello tendría que haber podido sostener los motivos que esgrimió

para iniciarla. Es decir, demostrar que el régimen iraquí poseía armas de destrucción masiva y que mantenía vínculos de colaboración con el terrorismo internacional. Ninguna de las dos cosas pudo ser probada. Todo apunta más bien a lo contrario.

La campaña en la prensa sobre el carácter represivo del gobierno de Sadam Hussein, sus atroces cárceles subterráneas o las fosas comunes con cadáveres de presuntos opositores, por muy impactantes que sean ante la opinión pública, poco tienen que ver con el argumento utilizado para iniciar el conflicto.

El escaso entusiasmo mostrado por la población iraquí hacia sus presuntos "liberadores" resta mucha credibilidad a la pretendida virtud democratizadora de la invasión. Más bien, las imágenes de la destrucción y los testimonios del sufrimiento civil ocasionado han deslegitimando la operación. El mundo no es hoy un lugar más seguro. Así como les dijo Unamuno a los fascistas españoles, en el Paraninfo de la Universidad al retomar posesión como rector del alma mater: "Venceréis, pero no convenceréis."

Crímenes de guerra

2 de junio de 2003

El general Franks, máxima autoridad militar norteamericana de la guerra en Irak, y el coronel McCoy, jefe de los infantes de marina, han sido demandados judicialmente por crímenes de guerra. La demanda, presentada en un tribunal de Bruselas por el abogado de 17 iraquíes y 2 jordanos, documenta una veintena de ataques a civiles, incluidos tres ametrallamientos de ambulancias cometidos por tropas estadounidenses. Ya ha sido formalmente aceptada y tramitada por el gobierno belga ante las autoridades norteamer-

ricanas.

El Departamento de Estado, por medio de su portavoz, Philip Reeker, ha calificado la acusación de “ridícula” y declaró a la prensa que “no merece ningún comentario”. Es discutible. Ya que los motivos que Estados Unidos adujo para atacar Irak, la posesión por el régimen de Bagdad de armas de destrucción masiva y su colaboración con la red terrorista Al Qaeda, no han podido ser demostrados, la Administración Bush los ha sustituido ante la opinión pública por la presunta necesidad de “liberar” al pueblo iraquí de un régimen tiránico, dando a conocer profusamente las atrocidades que se le atribuyen. De forma que su propaganda se centra ahora en las acusaciones contra Sadam Hussein por supuestos crímenes de guerra.

Pero sustentar una acusación judicial contra él, en el caso de que fuera capturado vivo, no sería nada fácil. La utilización de gases venenosos y otras armas químicas contra las tropas iraníes y más tarde contra los resistentes kurdos se remonta a fines de los ochenta y principios de los noventa. El Tribunal Penal Internacional no se creó sino hasta el año pasado y no tiene competencias para juzgar casos anteriores a su fecha de instalación. Por otra parte, Estados Unidos no podría llevar a Sadam Hussein ante esa instancia internacional, puesto que se ha negado a suscribir el acuerdo correspondiente. No puede hacer uso de este instrumento del derecho internacional dado que ha venido oponiéndose al mismo.

Juzgar a Sadam en sus propios tribunales sería complicado ya que la acusación de que el gobierno iraquí violó el Acuerdo de Ginebra sobre trato de prisioneros de guerra al mostrar por televisión imágenes de soldados estadounidenses capturados, es algo que realizó repetidamente el ejército norteamericano. Haber aplicado tácticas de guerrilla, calificadas de terrorismo por Estados Unidos, no constituye una violación del de-

recho internacional por cuanto Irak tenía derecho de defensa, ante la agresión militar en que incurrió la coalición al actuar sin un mandato expreso o aprobación explícita de Naciones Unidas.

Lo peor es que podría repetirse la situación paradójica de los juicios de Nuremberg al final de la segunda guerra mundial: los jefes nazis fueron juzgados por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, pero quienes los condenaban eran similarmente culpables. Bombardearon sistemáticamente las principales ciudades alemanas, incluso las que carecían de instalaciones militares, para “quebrar la moral” de las tropas enemigas y “que sepan los alemanes lo que antes sufrimos los británicos bajo los bombardeos”. Tirar dos bombas atómicas sobre Japón – no contra algún blanco militar, sino sobre dos ciudades repletas de civiles – tampoco era para sus aliados norteamericanos lo que se dice unas “buenas credenciales” para juzgar los crímenes de guerra y los crímenes de lesa humanidad del otro bando. “¡Ay de los vencidos!”: sabia expresión de la antigüedad que sigue tristemente vigente.

En el caso de la guerra en Irak, a Estados Unidos y compañía se les señala haber incurrido en graves violaciones de normas humanitarias de la guerra y del derecho internacional, algunas consideradas crímenes de guerra. El uso de bombas incendiarias y de racimo en zonas civiles, utilización de bombas recubiertas de uranio empobrecido, ataques contra zonas residenciales (como el efectuado contra un edificio de apartamentos por creer que Sadam Hussein estaba en un restaurante de la planta baja), el bombardeo de oficinas de cadenas árabes de televisión y el ataque al hotel donde se alojaba la prensa internacional independiente.

Los interrogatorios de prisioneros de guerra usando tácticas de tortura psicológica como privación del sueño y drogas; el no

liberar a dichos prisioneros una vez declarado el fin de la guerra. No garantizar el orden público y la seguridad una vez derrocado el régimen iraquí, es también una violación de las obligaciones que la autoridad militar ocupante tiene y cuya inobservancia es considerada crimen de guerra por el derecho internacional. La destrucción de parte del patrimonio cultural e histórico del pueblo iraquí, patrimonio de la humanidad, por el robo y el vandalismo contra museos y bibliotecas, consentidos por las fuerzas ocupantes. Asimismo, la falta de protección a las instalaciones hospitalarias, salvajemente saqueadas.

No se puede, a nombre de la defensa contra el terrorismo, utilizar métodos terroristas. Tampoco se puede, a nombre de la civilización, usar armamentos que han demostrado ser “de destrucción masiva”. No se puede, en fin, a nombre de la democracia y la libertad, la seguridad y la justicia, cometer crímenes de guerra. No se puede hacer, sin exponerse a que la historia y las próximas generaciones, incluso hoy mismo, la opinión pública bien informada, condene moralmente a los responsables y lance un grito unánime: ¡Nunca más!

La impotencia de la gran potencia

15 de septiembre de 2003

Bienvenidos al inicio del siglo XXI: hoy es 11 de septiembre de 2001 y el sol luce radiante en Nueva York. Pero pronto la negra humareda hará cambiar eso. El mundo contemplará con horror el drama humano provocado por el atroz ataque. Las dos torres gemelas derrumbándose y, con ellas, la invulnerabilidad de los Estados Unidos. Una brecha en la confianza en sí mismos y

en el futuro, semejante a la brutalmente abierta en un costado del Pentágono. Unánime la conciencia de estar siendo testigos de algo histórico y de que “ya nada podrá ser como antes”.

Esto es ahora una certidumbre, tal vez la única, cuando ya casi todo se ha vuelto incierto. Dos años más tarde, la inseguridad parece lo único seguro. Dos guerras después el mundo no es un lugar menos peligroso. Al revés. Tras múltiples atentados terroristas, en acciones suicidas la mayoría, nadie escapa a la sensación de riesgo y de desquiciamiento global. Con los miles de muertos acumulados en los conflictos bélicos de los últimos 24 meses, se han multiplicado el odio y la sed de venganza. Los diferentes bandos enemigos coinciden en una cosa: esto no más va empezando. ¿Adónde va la guerra global contra el terrorismo? ¿Adónde la humanidad? ¿Para dónde nos llevan?

El fantasma de la doctrina de “guerra preventiva” ha salido otra vez del armario, casi un siglo después de su unánime condena, por ser la excusa perfecta para cualquier agresión. A nombre de asegurar la paz, Estados Unidos avanza la línea de guerra permanente. Se eliminan derechos ciudadanos para defender esos mismos derechos y a nombre de la democracia se envían fuerzas de ocupación. El absurdo se enuncia así: ¡hay que imponer la libertad!

Demasiado fácilmente se han olvidado las lecciones que ofrece la historia. “Con las bayonetas pueden hacerse muchas cosas, excepto sentarse sobre ellas”. Quien así reflexionaba era nada menos que Napoleón Bonaparte, consciente de los peligros de asentar el poder exclusivamente en la fuerza militar. También él sería víctima de su propio éxito. “Napoleón – concluía Hegel, el gran pensador coetáneo del famoso general – se abocaba a la impotencia de la victoria.” Cada nuevo triunfo lo acercaba más al desastre fi-

nal de Waterloo.

Estados Unidos, después de derrotar rápidamente al régimen talibán en una guerra asimétrica de la superpotencia contra uno de los países más pobres del planeta, trasladó el escenario de las operaciones de Afganistán a Irak. Esta vez fue a la guerra sin la ONU. La ganó. Pero está perdiendo la batalla por la paz.

Con sus 430 mil kilómetros cuadrados –unas veinte veces El Salvador– y alrededor de 21 millones de habitantes, Irak es una trampa para el ocupante. Demasiadas contradicciones étnicas, religiosas y políticas presagian una guerra civil en germen. Los sentimientos patrióticos y antiestadounidenses favorecen una larga resistencia guerrillera y de atentados suicidas. El régimen de Sadam Hussein se desvaneció sin desaparecer; intactas sus estructuras, es capaz de capitalizar el descontento popular. Lo mismo la fuerza organizada del shiísmo, dirigida por ayatollas con estrechos vínculos con Irán. Asimismo la población sunnita del centro y norte del país, o la minoría étnica kurda, confinada a la región más septentrional. Es el iraquí un difícil laberinto, del que la superpotencia difícilmente puede salir airosa.

Cuatro meses y medio después de que el Presidente Bush declarara terminadas las acciones militares en Irak, las fuerzas ocupantes no han podido ser disminuidas. Por el contrario. Los más de 147 mil soldados norteamericanos son insuficientes, no sólo para proteger a otros, ni siquiera para cuidar de sí mismos. Está muriendo uno de ellos diariamente. Estados Unidos está gastando mil millones de dólares semanalmente. Sólo para

los gastos de la ocupación. Las labores de reconstrucción, que no han iniciado todavía, supondrían muchas decenas de miles de millones más. Ni soñar con que la ocupación sea financiada mediante la exportación de petróleo iraquí. El sabotaje continuo de los oleoductos ha vuelto ilusoria dicha perspectiva.

Bush acaba de conseguir la aprobación de 87 mil millones de dólares adicionales para la misión en Irak. Los cuales vienen a engrosar aún más el gigantesco presupuesto militar, superior al del resto de naciones juntas, y se sumarán al enorme déficit del presupuesto estatal, que el próximo año podría superar medio billón de dólares. Es un enorme lastre para la economía de la superpotencia, que no termina de recuperarse.

De ahí que, dejando de lado sus bravuconadas anteriores, hoy la Administración republicana se vea forzada a tocar la puerta de la ONU en busca de legitimidad política y de los aliados, con quienes se enemistó ayer, para solicitar ayuda en efectivos militares y apoyo financiero. La anterior pretensión de imponer el unilateralismo y de hacer a un lado al máximo organismo multilateral, declarado irrelevante, debe ceder ante la realidad. “Estados Unidos está descubriendo – dice Barbara Tuchman, historiadora norteamericana– que no puede actuar en solitario.”

Hay problemas que no pueden resolverse por la fuerza. Le toca a la gran potencia aprenderlo. O repetirá la historia de Pirro, el general que sin haber perdido una sola batalla, al final perdió la guerra ante los romanos. Es “la impotencia de la victoria”.